

816

espjillo en que se miran atónitos, les ofrece un instrumento de hierro para labrar la tierra.

¿I quiénes son esos misioneros? Son en su mayor parte, sino todos, hombres ilustrados, muchos de ellos llenos de ciencia, i notables por una posición distinguida en la sociedad, los cuales, animados de un celo puro i desinteresado, mui distinto del pretendido celo protestante, lo dejan todo, Patria, familia, amigos i comodidades, para buscar la muerte en los mares o en las selvas, arrojando las tempestades, las fieras, las flechas envenenadas de los salvajes, el alfanje del musulman o el bambú de los chinos.

Todo eso i mucho mas es la obra de las misiones, i nosotros nos haríamos interminables si quisiésemos estendernos sobre este asunto, que suministra materia para volúmenes enteros, sin lograr tal vez otra cosa que repetir lo que mil veces se ha dicho i se dice diariamente.

Aun hemos ido mas allá de lo que deseábamos, porque no es posible tratar este punto sin dejar correr la pluma involuntariamente. Nuestro intento era excitar a todos los que no están inscritos en la obra de la PROPAGACION DE LA FÉ a que se inscriban en ella; i a los que lo están para que contribuyan puntualmente con su pequeña limosna.

Depositemos ese MEDIO REAL, que unido a otro, i a otros diez i a otros mil, no solo en la Nueva Granada, sino en todo el antiguo i nuevo continente, será el medio efectivo de realizacion de aquella gran promesa divina.

Finalmente, rogamos a todos que lean los cuadernos que publican i reparten con este objeto las sociedades centrales de Lyon i Paris, encargadas de distribuir las limosnas a las misiones de ambos mundos, llevando la cuenta respectiva. En esas publicaciones, cuyo lenguaje es el de la buena fé i la modestia que cumplen a hombres evangélicos, se verá el resultado que produce ese MEDIO REAL, que nosotros cercenamos de lo superfluo para depositario en la Caja de ahorros mas segura i mas productiva que puede desearse para el porvenir, i en la cual volveremos a hallarlo con creces el día de la suprema necesidad.

JOSÉ CAICEDO RÓJAS.

TRES JESUITAS

HIJOS DE LA CIUDAD DE CALI.

De mucho tiempo atras teníamos la vaga noticia de que habían existido en una época gloriosa, algunos sujetos distinguidos de la Compañía de Jesus, hijos de la ciudad de Cali, i algunos de ellos deudos nuestros. Para asegurarnos de un hecho que tanto debia complacer nuestro corazon, nos dirigimos a Popayan, a Pasto i hasta a Quito con el objeto de conseguir una obra antigua, en la cual teníamos seguridad de que se trataba de estos sujetos. Inútiles fueron nuestros esfuerzos, pues no pudimos conseguirla, hasta que un sujeto antiguo i distinguido literato de esta ciudad, sabiendo nuestros deseos, nos presentó la obra tan apetecida. No es posible espresar el consuelo que con su lectura recibimos. Sinceros estimadores de la inmortal Compañía de Jesus, cuyo mérito siempre ruego admiramos cordialmente, leímos devorando las páginas de una historia tan interesante como es la del descubrimiento del rio Amazonas, onyas márgenes las poblaban en el siglo 16 innumerables pueblos de los aborígenes de América sumidos en las sombras de la idolatría, i en cuyas almas aparecieron las luces del Evangelio por los trabajos apostólicos e incomparables de los hijos de San Igna-

cio; aumentando de este modo, no solamente el número de los hijos de la Iglesia católica, sino el de esas comarcas inmensas que fueron regadas con la sangre de aquellos mártires i fecundadas con sus imponderables fatigas i desvelos. Entre estos sacerdotes, dignos sucesores de los Apóstoles, florecieron tres caudales, ilustres aun mas que por su nacimiento por sus heroicas virtudes. Confesamos que al leer los nombres de estos deudos i paisanos nuestros, que santificaron con sus sudores i con su sangre aquellas comarcas, hemos experimentado un consuelo tan dulce, un tan noble orgullo, que nos hemos sentido honrados con estos hechos, aun mas que con los viejos pergaminos de nuestras antiguas ejecutorias; sí, porque la verdadera nobleza la constituyen la virtud i los grandes hechos de nuestros mayores. Dos de estos sujetos de que nos ocupamos, tuvieron la gloria de morir entre los bárbaros del Amazonas, conquistando aquellas almas para el cielo; i el otro, aunque no consiguió esta gloria, dominado siempre por el deseo de ser misionero, floreció tanto en Quito por sus eminentes virtudes, que mereció que el historiador consagrarse un capítulo entero al recuerdo de sus virtudes i de sus méritos. Este sujeto que es el Padre Diego de Caicedo, con cuyo retrato tenemos el gusto de obsequiar a los suscritores de *El Catolicismo*. Ho aquí la historia de los tres, tomada testualmente de la curiosísima obra escrita en ese mismo siglo i publicada en Madrid en el año de 1684 por el Padre M. Rodríguez, bajo el título de "El Marañon i Amazonas."

EL PADRE MIGUEL DE SILVA.

El Padre Miguel de Silva, de la Provincia que la Compañía de Jesus tenia en Quito, fué educado en el Colejio de San Luis de aquella ciudad, en donde fué llamado de Nuestro Señor siendo colejial filósofo. Fué natural de la ciudad de Cali, del Gobierno de Popayan, hijo lejítimo de Don Jacinto de Silva Saavedra i de Doña María Quintero Príncipe, personas ámbas de conocida nobleza, caudal i estimacion, que con otro hermano suyo de mas edad, lo enviaron al Seminario de Quito, que dista 160 leguas, que tantas i a veces mas apartan a los hijos porque reciban la educacion de la Compañía. Al segundo año de artes, fué recibido por sus fuertes instancias, esponiéndose a perder aquel curso i el siguiente, como los perdió, estudiando enteramente otro, con mucha medra, que no descaeció en la teología, en que tuvo el acto mayor, cuyo lucimiento le hizo mui digno de estimacion i mas su observancia relijiosa i cuidadoso ejercicio de virtudes. Era devoto, puntual, penitente i de mucha edificacion sus frecuentes disciplinas en el refectorio; muestra que daba de que castigaba su carne i la refrenaba, pues era su natural fuerte i ardiente, i continua la lucha que con el traía; i si tal vez no triunfaba de él, con un callar a todo con que le vencía de ordinario, lo compensaba con otras humillaciones i con vengarse de él mismo con rigurosa penitencia.

Habiendo tenido el Padre Silva su tercer año de probacion, nuevo esmero del espíritu que desea en sus hijos la Compañía, se hallaba en Quito un misionero del Marañon deseoso de llevar otros consigo, i dijo al P. Rector que él iria a estas misiones si le señalasen. Pasaron dias, i siendo así como ya se ha dicho que se espera especial vocacion i la examinan los superiores, para aquella trabajosa empresa, por sola aquella palabra que habia dicho estando en quiete la comunidad, se le señaló para la mision. Causóle susto, como lo dijo a un íntimo

F-2068

101

confidente suyo, al cual le comunicó i confesó con su acostumbrada injennidad, que no juzgó llegase a tener efecto el señalarle, no teniéndole por propósito el Superior. Pero luego se dispuso al viaje i fué este Padre en aquellas reducciones, fervoroso misionero; i aunque le detuvieron algo en el curato de Borja, después asistió a la reduccion de los Xéberas, Roamaynas i Gayes con grande tolerancia de sus penalidades i cuidadosa asistencia de sus feligreses. Salió el año de 1678 a Quito, a los seis meses de misionero, i a poco de estar en aquella ciudad, volviéndose a sus misiones muy amante de ellas, por el camino de Jaen, en lo áspero de sus montes, de unas caídas que dió, se enfermó gravemente, i con acalorados accidentes que conoció eran de muerte, se dispuso a ella consolado de que si no moría en lo interior de sus misiones, las tenía casi a la vista i desfallecía buscándalas. Su muerte fué el año de 1679 i los de su edad eran solamente treinta i cuatro, en que concluyó la carrera de sus días. I los seis años de misionero, se entiende, le perfeccionaron en sus virtudes i le hicieron merecer su eterno descanso en la bienaventuranza.

EL PADRE DIEGO DE CAICEDO.

Aunque la obra de donde tomamos estas historias, está consagrada únicamente a los hechos de los Padres de la Compañía de Jesus que trabajaron en la heroica pacificación, misiones i descubrimiento del Marañon i Amazonas; con todo, su autor dedica un capítulo entero a la historia de este Padre, por respeto a sus virtudes i méritos i por solo haber deseado con ahinco ser él mismo del número de aquellos varones apostólicos en tan penosa i laboriosa mision. El autor, después de tal explicacion, habla del P. Diego del modo siguiente:

El Padre Diego de Caicedo, era natural de la ciudad de Cali, hijo de padres nobles (que lo fueron Don Cristóbal de Caicedo i Doña Isabel de Salazar.) Crióse en el santo temor de Dios, dió principio a sus estudios en su tierra, i después fué a proseguirlos a la ciudad de Quito. Animóse a esto, por la conversacion i trato que tuvo en su niñez con un Padre de la Compañía que estuvo en su país natal, de donde le quedó afición a los estudios i grande afecto a nuestra sagrada religion: por lo cual vino con propósito de estudiar algun tiempo i entrarse después a la Compañía. Este Padre podemos tener por cierto, fué el P. Rafael Ferrer, pues el tiempo de la niñez del Padre Diego de Caicedo, fué en el que estuvo en mision en aquella ciudad de Cali, de la cual volvió a Quito, pocos años antes de su muerte en los Cofanes, como dije en su lugar; i habiendo sido el primero que dió a conocer la Compañía en el Gobierno de Popayan, fué su trato sin duda el que movió al P. Caicedo a estudiar i apetecer su religion i la imitacion de sus virtudes.

Desde luego se dispuso para ello, i así cuando estudiante seglar vivía con tanto recojimiento, modestia i religion, que los otros estudiantes le llamaban el *santo*. Trató con muchas veras de que le recibiesen en la Compañía; pero como los Superiores le veían flaco i aun con algunas llagas en el cuerpo, que por viejas se tenían ya por incurables, le daban largas i aun le trataban con desvíos. I aunque oían sus razones e instancias, no determinaban el admitirle, por verle imposibilitado con enfermedades tan porfiadas. Viendo, pues, que el principal estorbo de su consuelo, era la enfermedad que naturalmente parecia imposible curarse, dejó los remedios humanos que tan poco

aprovechaban i se valió de los divinos, especialmente de la Soberana Virgen, i de una imagen suya a quien él tenía particular devocion i frecuentaba muy a menudo a rezar de día i de noche, que es la que en la ciudad de Quito veneran todos, en una pared del hospital.

A las oraciones i plegarias con que la invocaba, añadió unirse el cuerpo con el aceite de la lámpara de la imagen, con lo cual brevemente quedó del todo sano: con este milagroso suceso, se hizo apto para recibirlo en la Compañía, como lo hicieron los Superiores, mirando su aventajada virtud i gran perseverancia en la pretension. Entró, pues, a la Compañía i como si hubiese nacido en ella, así se le asentó el Instituto, entrañando en sí el espíritu de nuestra religion, de modo que en breve tiempo parecia antiguo en ella, descubriendo gran tesoro de virtudes, en las cuales fué tan aventajado que parecia único en cada una, por lo cual parece que se estaba Dios Nuestro Señor complaciendo en su ánima.

Con el ejercicio fervoroso de virtudes, vivía una vida bienaventurada, i así campeaban en él las ocho bienaventuranzas que Cristo Nuestro Señor predicó en el mundo; porque primeramente fué estremada su pobreza, viviendo en los aposentos mas oscuros, en las camas mas pobres. Vestía las sotanas mas rotas i era muy devoto de la parda, gran compañera de sus mortificaciones continuas; i procuraba que el colchon fuese muy pobre, poniendo cosas en él que lo hacían mas riguroso que si durmiera sobre una tabla. I tal vez durmiendo otros en aquel colchon, no pudieran cerrar los ojos en toda la noche. Este afecto a la pobreza lo tuvo aun desde seglar, porque estando de huésped en una casa de la ciudad de Quito, donde le persuadian que entrase en una religion donde le diesen una doctrina para sus comodidades i tuviese algun dinero para socorrer a sus parientes; llevó tan a mal este consejo, que se salió de la casa, padeciendo fuera algunas incomodidades por entrar en la Compañía.

Su mansedumbre era tan grande, que jamas lo vieron enojado o ménos compuesto. Con esta mansedumbre ganó todos los morenos de Quito que andaban descarriados i poco instruidos en las cosas de la fe i cristiandad, domesticándolos de manera que los unos sentían notable mudanza en ellos, con gran reforma de sus costumbres.

El deseo que sentía de aprovechar en todas estas virtudes, era muy grande. A esto se añadía una hambre de la salvacion de las almas tan estrema, que como quien pensaba que tenía poco tiempo, comenzó desde estudiante a socorrer las necesidades espirituales de los prójimos; i por darse mas tiempo a este ejercicio, procuró que los Superiores le acortasen los estudios i lo intentó varias veces.

En la misericordia con los pobres era tan señalado, que no contentándose con darles de comer muy a menudo a los de la portería, era de los primeros en llevar las ollas a las cárceles, a horas muy incómodas, con muy ardientes soles, pasando por todo esto con grande alegría. Dióse mucho a lavar los pies a los Padres i Hermanos de casa, i en los aposentos de los enfermos hacia los oficios mas humildes perdiendo en estas ocupaciones muchas horas del sueño.

En la pureza del alma i cuerpo fué singular, pues los que le confesaron aun antes de entrar en la Compañía, no le hallaron pecado mortal, i después de entrado no se le notó falta alguna de consideracion. Para conservar esta pureza, se daba muy

principio i comunicar con el cacique o principal del pueblo, manifestándoles sus entrañas amorosas i mucho agrado a todos los indios a quienes obsequiaba mucho.

Baste, pues, aquí para elogio del P. Estévan de Caicedo decir que desde muy temprano apeteció el empleo de aquella mision i que murió en ella en 1666, con toda prevencion i consuelo, que es claro indicio de mucha virtud en los sujetos; i el morir en la Compañía de Jesus en la tierra, asegura no poco el gozar de ella i de su vista en el cielo.

P. C. I. C.

ADHESIONES.

EXCMO. SR. DELEGADO APOSTÓLICO,

El Párroco del Valle de Jesus María i vecinos en número de 13,000 de que consta esta feligresía, como verdaderos católicos, apostólicos, romanos, nos adherimos a todas las manifestaciones que el mundo católico ha hecho a Su Santidad el Beatísimo Padre Pio IX, i muy particularmente a la que con fecha 22 de marzo último, presentaron los católicos de Santafé de Bogotá.

Con tales sentimientos presentamos a Su Excelencia, como representante de Su Santidad, esta manifestacion de sentimiento por los sufrimientos del Beatísimo Padre, i dirigimos nuestras oraciones al cielo por la paz de la Iglesia i recuperacion de sus Estados.

Con sentimientos de sumision i de respeto i a nombre de todos mis vecinos.—Valle de Jesus María, octubre 20 de 1860.—*Domingo Nieto.*

El infrascrito Cura i vecinos católicos de la parroquia de Pasea, llenos del mas profundo respeto, tenemos el honor de haceros la siguiente manifestacion.

Excelentísimo señor: No ignoramos las angustias circunstancias en que hoy se encuentra colocado N. S. P. Pio IX, dignísimo sucesor del Príncipe de los Apóstoles; tampoco se nos ocultan las ambiciosas pretensiones de algunos espíritus turbulentos que, movidos por el deseo de una libertad pernicioso, a la par que protegidos por una filosofía carnal, han tomado las armas en la mano para separarse de la obediencia, destruir (si el Señor que mira por su Iglesia se lo permitiera) el poder temporal del Papado, i reducirle al estado de humillacion i abatimiento que en la negra noche del paganismo le sujetara la tiránica dominacion de los Nerones, de los Dioclecianos i Galerios i de otros mil i mil monstruos coronados, que ocupando por largo tiempo el pavimento del alto Capitolio i gobernando a los pueblos con vara de hierro, llenaron a la Iglesia de Jesucristo de sangre i de lágrimas.

La razon i la justicia, el porvenir de la Iglesia i la causa santa de la religion protestan solemnemente contra tales atentados: reprueban la conducta sacrílega, las insidiosas maquinaciones de los enemigos de la Santa Sede; i esperan de la diestra de Aquel que en otro tiempo sepultara las furibundas huestes del soberbio Faraon en las aguas del mar Rojo, la misma proteccion, el mismo amparo para su Vicario en tan criticas circunstancias.

Si la Iglesia no fuera inmortal, si ella necesitara del apoyo del hombre para mantener incólumes sus derechos espirituales i temporales, sin duda alguna podríamos temer mucho de esos hombres mal avenidos con los principios de orden, de moral i religion que ella enseña i practica; pero

estando, como está, la justicia de un parte i de otra es mas, la proteccion del cielo, ella triunfara de sus encarnizados enemigos i probará una vez mas su origen divino.

Mientras rogamos ardentemente al Padre de las misericordias i Dios de toda consolacion, por la paz i tranquilidad de su Iglesia, aceptad benignamente esta nuestra pequeña pero sincera manifestacion, que hoy os hacemos de lo intimo de nuestros corazones. Recibidla como el testimonio mas auténtico de nuestra filial i profunda adhesion hácia la sagrada persona del sucesor de Pedro; como el sello de nuestra obediencia i sumision de nuestra religion i ortodoxia.

Excelentísimo señor.

Pasea, 19 de julio de 1860.—El Cura párroco, *Vicente J. Olivos.*—(Siguen las firmas de los vecinos.)

Se han recibido igualmente las adhesiones de los siguientes párrocos:

El de Cundá, Pbro. Francisco de P. Réyes.

El de Betétiva, Pro. José Vicente Rojas.

El de Tasco, Pbro. Juan Nepomuceno Acosta.

El de Miraflores, Pbro. Dr. Vicente Jiménez.

El de Tilasosa, Pro. Juan N. Mendoza.

El de Iza, Pbro. Dr. Antonio Ignacio Parra.

El de Pandí, Pbro. Dr. Buenaventura Solano.

LITERATURA.

LOS PROMETIDOS ESPOSOS

por

ALEJANDRO MANZONI.

Lucía se habia levantado apénas, empleando poco tiempo en despertarse de hecho, separando las confusas visiones de sus sueños, de los recuerdos e imágenes de aquella realidad tan semejante al funesto delirio de un enfermo. La vieja se le acercó al instante, i con aquella voz forzadamente humilde, le dijo: "ah! habeis dormido? Hubierais podido dormir en el lecho; bastantes veces os lo dije ayer noche." I no recibiendo contestacion, continuó siempre de una manera forzada: "Tomad un bocado; tened juicio. Uf! os vais a poner fea! Teneis necesidad de comer. I despues, cuando vuelva, la va a tomar conmigo.

—Nó, nó; quiero marchar, quiero ir adonde está mi madre. El amo me lo ha prometido; ha dicho; "mañana por la mañana." En dónde está el amo?

—Ha salido; pero me ha dicho que volverá pronto i que hará todo lo que vos queráis.

—Ha dicho esto? lo ha dicho? Bien! Quiero ir adonde está mi madre; en seguida, en seguida.

De repente se oye un ruido de pisadas en la vecina estancia, i despues llaman a la puerta. La vieja corre a ella i pregunta: "Quién es?"

—Abre, le responde dulcemente una voz bien conocida.

La vieja descubre el cerrojo, el Incógnito empuja suavemente la puerta, la entreabre, manda a la vieja que salga, introduce en el mismo instante a D. Abundio i a la buena dama, cierra de nuevo la puerta, permanece detrás de ella por la parte de afuera, i manda a la vieja a un extremo lejano del castillo, segun habia ya enviado tambien a la mujer que se hallaba fuera de guardia. Al primer punto de vista, todo este movimiento i la aparicion de personas nuevas, causaron a Lucía mucho